

CRISTIÁN SAHLI LECAROS

EL GRAN ROMPECABEZAS



astor
NOVA

El gran rompecabezas

EDICIONES PALABRA
Madrid

Colección: Astor Nova
© Cristián Shali Lecaros, 2020
© Ediciones Palabra, S.A., 2020
Paseo de la Castellana 210 - 28046 MADRID (España)
Telf. (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es

Diseño de cubierta: Miguel J. Tejero
ISBN: 978-84-1368-009-5
Depósito Legal: M-19.827-2020
Impresión: Gohegraf, S.L.
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

CRISTIÁN SAHLI LECAROS

El gran
rompecabezas

astor
NOVA

Verano

1

Miraba por la ventanilla del avión el paisaje seco y amarillento de Santiago al final del verano. ¡Y pensar que estuvimos a punto de perderlo todo por el traspíe de Pedro! Esa noche de noviembre me habló con voz ahogada y temblorosa, nada común en él.

–Miguel, necesito tu ayuda, compadre, ¡estoy preso!

–¡Preso! ¿Por qué? ¿Dónde?

–Hace pocas horas atropellé a una mujer y dicen que puede morir.

–¿Ibas solo? –le pregunté.

–No, compadre, estaba con amigos, Carolina, Andrés y Tere.

–¿Y para qué te juntas con ellos? Cuántas veces lo hemos hablado... ¿Sacaste el auto de tu mamá?

Silencio.

–Pedro, ¿estabas bebido?

Silencio.

Insistí con más fuerza:

–¡Estabas borracho!

Pasaron algunos segundos.

Creí oír un sollozo medio ahogado.

–¿Quieres venir? ¡Necesito apoyo! –gimoteó. Y agregó desesperado–: ¡Sí!..., la alcoholemia marcó 1,2 hace dos horas.

–¡Mierda! ¡Estabas muy por encima del límite!

–¡Ya lo sé! ¡Por eso te estoy llamando! ¿Vas a venir?

–Por supuesto, ¿dónde estás?

–En la Comisaría 19.

Tomé mi bicicleta y pedaleé lo más rápido que pude.

Llegué con la camisa empapada y sintiendo los latidos en mi cuello. El local estaba silencioso y como muerto. Solo había dos policías. Uno miraba la pantalla del computador con cara

aburrída. El otro, apoyado en una mesa, mataba el tiempo con su teléfono. Ya habían soltado a los amigos de Pedro.

Pero a él, no.

El énfasis y el tono de voz del policía que había ido al colegio hacía pocas semanas para explicarnos la nueva ley de accidentes de tránsito retumbaron en mi cabeza:

—¡Tres años y un día a diez años, con al menos uno de presidio efectivo! ¡A la cárcel! —lo dijo todo a voz en grito—. ¡Esa es la pena en caso de muerte si se conduce en estado de ebriedad o bajo influencia de alguna droga!

—Hola —le dije a mi amigo.

Pedro estaba algo más lúcido y por eso más desesperado.

Silencio.

—¿Sabes algo tus papás?

—No.

—Pedro, tienes que avisarles inmediatamente.

—No me atrevo. Solo con despertar a mi papá ya estará hecho un fiero... ¿Y para qué?... Para que me grite, me insulte y me digan que no sirvo para nada...

—Pero son los únicos que pueden sacarte de este rollo.

Me impresionó ver a Pedro caminando como un animal enjaulado en esa pequeña celda.

«Yo creo que ellos tienen bastante culpa en todo esto —me decía para mis adentros—. A Pedro y a Daniela, sus únicos hijos, les dan de todo menos su tiempo».

—¿Llamaste a Felipe? —le pregunté.

Felipe, Pedro y yo estamos muy unidos. Desde que entramos al colegio hemos estado en el mismo curso. Muchas veces pienso que es algo extraña esta amistad nuestra porque somos muy diferentes. Felipe es muy serio y responsable, pero a la vez alegre y excelente amigo. En ciertos aspectos Pedro es lo contrario: insensato y superficial, quizá algo egoísta —no con sus cosas, porque le sobran— y no siempre se puede contar con él como con Felipe. Pedro es para morirse de risa y todos los fines de semana organiza movidas impresionantes. Nada le preo-

cupa, es «chicha fresca», como decimos en Chile, siempre dispuesto a la diversión.

¿Y yo? No sabría bien cómo definirme. Aunque no sea muy halagador para mí, debo reconocer que soy algo tímido e inseguro, especialmente frente a las chicas; pero soy una buena persona y todo el mundo lo dice.

En las notas, Felipe y Pedro destacan. Yo soy del montón. Ellos entienden todo antes; así de arbitraria es la naturaleza. En lo deportivo, Felipe remece siempre las redes, es el mejor delantero que conozco. Pedro tapa casi toda la portería por su tamaño. Y yo tengo mis buenos momentos, pero podrían ser más frecuentes.

No es que sea pesimista, sencillamente así de injusta es la vida. Pero no me deprimó, sé que pronto me sorprenderá con algún regalo. Además, los tres somos felices, cada uno a su manera, y lo pasamos muy bien juntos.

El caso es que ahora veía al pobre Pedro desesperado, aterrado. Por supuesto, no se había atrevido a llamar a Felipe.

—No, es demasiado perfecto y me daría mucha vergüenza de que me viera aquí. Tú eres más normal, compadre, por eso te avisé a ti.

—De acuerdo, te entiendo. Pero Felipe podría ayudarte mejor que yo en algunas cosas..., aunque a veces se ponga tan serio.

Respondió que no moviendo su cabeza y mirando al suelo.

—¿Has comido algo?

—Nada, pero me servirá para bajar algunos kilos —contestó, intentando bromear.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, pero me estoy muriendo de miedo.

—Llama a tus papás —volví a insistirle—. ¡Avísales ya! Lo peor sería que se enteren por otros, tú sabes, comienzan los chismes y no acaban nunca.

Marcó.

Le temblaba todo el cuerpo.

El teléfono sonó durante un buen rato. De pronto, se oyó la voz bostezada de Jaime.

—Aló.

—Papá, mira...

Pedro se lo dijo como pudo.

Jaime pareció no entender.

Pasados unos segundos se puso a gritar como un loco.

Luego se oyó cómo se lo contaba a Paula. Ella también comenzó a chillar.

Yo podía escucharlo todo muy bien:

—¡No te das cuenta cómo queda el nombre de la familia!
¿Para qué te hemos dado siempre todo lo que nos has pedido?
¡Eres un inútil! ¡Sabías que hasta cumplir los dieciocho solo
podías conducir con un adulto a tu lado! ¡Y chocaste el Merce-
des de tu mamá!

Me hirvió la sangre ver cómo echaban a perder todavía más las cosas.

Pedro se atragantó y no pudo seguir hablando. Nunca lo había visto así. Estaba a punto de estallar de pena o de rabia, o de las dos cosas juntas.

¡Qué padres!

Le di unas palmaditas en la espalda para que me sintiera cercano, pero no surtieron efecto.

De pronto se derrumbó en el banco y dejó caer el teléfono a su lado. No tuvo fuerzas ni para cortar, mientras los gritos seguían escuchándose en el aparato. Nunca había visto llorar así a un amigo. Pensé que a nuestra edad ya no llorábamos, o al menos no con esa intensidad. Parecía que se ahogaba.

El policía del escritorio miró con desgana y ojos acostumbrados.

Yo lo estaba pasando muy mal.

Eran como las cuatro de la mañana, cuando llegaron los papás de Pedro. Entraron tan enfurecidos que no sé cómo me atreví a hablarles.

—¡Por favor, déjelo en paz! Está angustiado y arrepentido. Se dan cuenta de que ha cometido un error. Necesita que ustedes lo apoyen...

Pasaron de largo sin dejarme terminar. Creo que ni siquiera me oyeron.

Pedro no quiso mirarlos. Estaba vuelto hacia la pared, mientras se reanudaban las broncas y los gritos. Luego hablaron con el policía del computador y se fueron sin despedirse ni decir palabra.

Acompañé a mi amigo el resto de la noche. Por suerte mis papás no se enteraron. Llegué como a las seis y me metí un rato a la cama para no levantar sospechas. Si me hubieran preguntado, no sé qué les habría dicho.

Al día siguiente soltaron a Pedro. Yo estaba en el colegio cuando leí el mensaje. La mujer accidentada se encontraba fuera de peligro, y Jaime hizo algunas gestiones para que lo dejaran irse a casa, aunque todavía había posibilidades de que pudiera terminar en manos de los tribunales o, peor todavía, de Gendarmería. Quedó con obligación de firma diaria por dos meses.

En la tarde lo fui a ver. En su casa no había nadie más que él. Su papá estaba trabajando y su mamá había salido con Daniela al mall.

—Compadre —me dijo—, saqué una lección: no hay que conducir cuando se bebe. Es lo peor, te puedes meter en un tremendo lío.

Me indigné y le respondí:

—¡Qué volá! ¿No te das cuenta de que has estado a punto de matar a una persona y de paso echar a perder tu vida? ¡No se trata de dejar de conducir cuando has bebido, sino de beber menos! ¡De ser responsable!

Un mes después dieron de alta a la mujer. Salió curada de todas sus heridas y sin secuelas. No presentó demanda o quizá Jaime pagó todos los gastos y la indemnización... (No lo sé, pero no me extrañaría; me cuesta imaginar la cantidad de ceros que tiene su cuenta corriente).

Todo iba bien hasta que nos enteramos del castigo de Pedro: prohibición de viajar al Parque Nacional Torres del Paine.

2

¡Era lo último que esperábamos!

Lo habíamos planificado todo desde años atrás. Imposible olvidar mis dos últimos veranos trabajando y soportando el capricho de los clientes en esa tienda deportiva del mall. Todos tenían algo distinto que pedir y se sentían justificados para alegar cualquier estupidez.

–La niña necesita un par de zapatillas de medio número más y con una línea rosa.

–Estoy buscando un traje de baño celeste, con la marca bordada en amarillo.

–Necesito un casco con diseño superfit y sistema de ventilación wind tunnel.

–Me vendiste un cortavientos que me hace sudar. ¿Dónde está el gerente de la tienda para hablar con él?

Y así todo el día: que si las bolas de tenis, el pantalón, los guantes, la camiseta...

A Felipe también le costó conseguir permiso para viajar a la Patagonia sin haber terminado el colegio. Hizo de ayudante en una oficina de abogados, llevando papeles de acá para allá el día entero. Se aburrió tanto o más que yo. Pero no nos importaba, teníamos que conseguir el dinero para pagarnos la mayor parte de los gastos. Nuestros padres iban a ponerse con algo, pero no demasiado. A Pedro se lo iban a pagar todo, pero...

... ahora el proyecto se tambaleaba por su culpa y estaba a punto de venirse abajo.

¡O los tres o ninguno!: este fue nuestro pacto.

Llamé a Felipe. Tal vez su presencia ayudara a mi credibilidad. Le pedí que me acompañara a hablar con Jaime. Tenía la garganta algo rígida y me costaba tragar. Lo primero que hice fue disculparme con él por mi tono en la comisaría.

Luego Felipe tomó la palabra. Lo noté también un poco agobiado, pero estaba decidido a que nadie se interpusiera en nuestro plan, y dijo con una voz que le salió más grave de lo normal:

—En este viaje Pedro no correrá ningún riesgo. No vamos a conducir y nos portaremos bien. Además, le servirá cambiar de ambiente y caminar en medio de la naturaleza. Quizá le ayude a reflexionar...

Jaime estaba muy serio, como echándonos en cara a nosotros el fallo de su hijo. Nos miró fijamente, alternando entre los dos, y guardó un silencio que me pareció insostenible. Finalmente, nos aseguró que lo hablaría con Paula.

Fue una tarde plomiza y tensa.

Al día siguiente Felipe me contó —no sé cómo lo hace, pero siempre se entera de todo antes que yo— que los padres de Pedro se habían convencido pensando que lo mejor era sacarlo de escena. Se hablaba de él en todas partes, y por consiguiente se cuchicheaba de la familia en peluquerías, restaurantes de cinco estrellas y cafés de media mañana.

Una lástima por ellos, pero a nosotros nos vino superbién esa decisión.

A Felipe se le ocurren buenos argumentos y sabe convencer. No es que lo envidie, pero... Pienso que gracias a él permitieron que Pedro viajara con nosotros.

Felipe es hijo único y somos amigos desde que estábamos en el jardín infantil. Conozco su casa de memoria. Es bastante pequeña: cocina, living-comedor y dos dormitorios. Pero existe además una gran habitación que llamamos desde tiempos inmemorables el Escritorio Secreto. A él y a mí se nos van las manos por abrir esa puerta desde que tenemos uso de razón. Pero tenemos prohibida la entrada hasta que seamos mayores de edad (ya queda poco). Nunca nos han dado una explicación, y fíjate que hemos intentado sonsacar por todos los caminos! Juan Luis y Angélica, los papás de Felipe, se ponen muy serios cuando tocamos el tema, y por eso hace muchos años que no hablamos del asunto.

Me consta que quisieron tener más hijos, pero no pudieron, algo pasó. Yo puedo ser del montón, pero la intuición no me falla. Estoy seguro de que tuvo que ver con el Escritorio Secreto...

Jamás podré olvidar los gritos angustiosos de Angélica golpeando la puerta de ese Escritorio. Están grabados en mi memoria. Tenía cinco o seis años. «¡Llevas todo el fin de semana encerrado en ese maldito escritorio! ¡Anda al médico de una vez! ¡Vamos a perderlo todo! ¿Acaso yo no existo? ¿Y tu hijo?».

Ella lloraba desesperada.

Pero no había reacción. Ni respuesta, ni sonidos, ni nada: un silencio aterrador.

Felipe y yo nos asustamos mucho y salimos corriendo al jardín.

Una vez oí una discusión tan fuerte entre los papás de Felipe que no fui capaz de soportarlo y escapé corriendo a mi casa. Alcancé a ver cómo Angélica intentaba impedir que Juan Luis entrara al Escritorio, pero él, que la doblaba en tamaño, la empujó con fuerza y ella se golpeó con la esquina de una mesa. Le sangró de inmediato la frente. Juan Luis la vio, pero la dejó allí y entró. A veces Juan Luis no era Juan Luis...

Volví algunos días después a la casa de mi amigo y Angélica no estaba.

Le pregunté a Felipe:

–¿Y tu mamá?

–Mi papá dice que se fue de viaje –me respondió.

–¿Adónde?

–No sé... Y parece que mi papá tampoco lo sabe.

No alcanzó a terminar y comenzó a llorar.

Fue un viaje largo, de muchos meses.

Una separación, casi un divorcio.

Y estoy seguro de que por ese shock y por lo que haya en esa misteriosa habitación, Angélica no pudo tener más hijos.

Casi dos años después se reconciliaron, aunque jamás supe lo que pasó entretanto.

Mi amigo me contó que su papá le pidió perdón a su esposa y le entregó la llave del Escritorio Secreto. Ella puso sus reglas para que él lo usara y al parecer las cumplió. De pequeño siempre imaginé que habían logrado matar al monstruo que había hipnotizado la cabeza y el corazón de Juan Luis. Ahora que ya tengo diecisiete me pregunto con frecuencia: «¿Qué habrá pasado? ¿Qué hacía allí? ¿Por qué le hacía perder su razón?».

Los años siguientes fueron buenos, al menos que yo sepa. Siempre vi a Juan Luis sonriente al entrar y salir de su Escritorio, y las relaciones con Angélica se normalizaron. Se les veía felices.

En todas esas cosas pensaba cuando comenzaban a verse las luces de nuestra inmensa capital desde la altura.

¡Qué desilusión volver a la normalidad! ¡Los días pasados habían sido extraordinarios! Todavía sentía en mi piel el primer golpe de viento huracanado al salir del aeropuerto de Punta Arenas, que me recuperó del miedo en la primera respiración.

Del miedo, digo, porque el aterrizaje fue electrizante debido a los impetuosos vientos del Estrecho de Magallanes. Llevaba la cara pegada a la ventanilla. Podía ver el mar crispado, mientras el avión bailaba cada vez más cerca de la tierra al ritmo de las intensas ráfagas. Yo iba agarrado al asiento con toda mi fuerza y sentía cada uno de mis músculos tensados al máximo. Reinaba un horrible silencio.

El avión intentó aterrizar, pero no lo logró. Un golpe de viento lo sacó de la pista. Subió violentamente. El piloto invitó a la calma. La maniobra se repitió una segunda y una tercera vez. Mis músculos ahora me parecieron piedra y el miedo no me dejó hasta que, por fin, ¡al cuarto intento! aterrizamos en el Aeropuerto Internacional Presidente Carlos Ibáñez del Campo.

—¡Miguel, estabas histérico! —me dijo Pedro riéndose a carcajadas y rojo de entusiasmo, mientras yo intentaba recuperar el oxígeno. No pude responderle. No me salían las palabras,

pero lo miré con rabia, mientras pensaba: «¡Y tú, imbécil, no te olvides del numerito que montaste en noviembre!».

Ya en tierra, todos se aferraban a los pasamanos para no dejarse arrastrar por los golpes de viento. Mis amigos y yo preferimos desafiar las ráfagas como unos guerreros. ¡No hay sensación más espectacular que dominar a la naturaleza! ¡Dejar que los torbellinos jueguen con tu pelo y permitir que te golpeen en la cara con violenta suavidad! ¡Tú eres el amo, el rey! (aunque no sea más que por unos instantes).

Ésa emoción me hizo olvidar los sucesos del avión y volví a sentirme tranquilo. Tal vez, demasiado tranquilo.

CRISTIÁN SAHLI LECAROS

EL GRAN ROMPECABEZAS

Miguel Russo emprende un viaje junto a Felipe y Pedro —sus dos mejores amigos— al Parque Torres del Paine, en el corazón de la Patagonia chilena. Es el último verano antes de salir del colegio y enfrentarse al futuro. Su vida, hasta el momento, ha sido tranquila, sin mayores sobresaltos ni sorpresas.

Con sus mochilas al hombro y ansias de aventuras, los tres jóvenes inician su larga caminata. Apenas comenzada la aventura, un encuentro inesperado pone a Miguel frente a un mundo desconocido para él. En medio de aquellos parajes de insuperable belleza, y casi sin advertirlo, emprende también otro camino que lo lleva a encontrarse consigo mismo.

En primera persona y de manera ágil y espontánea, Miguel Russo relata ese último año de colegio marcado especialmente por su encuentro con Almudena. Poco a poco irá comprendiendo que la vida es como un rompecabezas con millares de piezas, entre las que deberá elegir aquellas que lo ayuden a plasmar la más bella imagen.

